



September 20, 2015

Twenty-fifth Sunday of Ordinary Time

...“Whoever receives one child such as this in my name, receives me...” Mark 9:37

Dear Friends;

There is a popular story. A little boy has been anxiously awaiting the birth of his little sister. When his parents brought her home from the hospital he couldn't wait to be near her and talk to her. Because he was young they did not want to leave him with his sister unattended. But he kept begging his parents to leave him alone with her. So one day his parents gave him permission to be alone with her for a short time. The boy quietly walked into her room and he stood next to her crib. Then he said to his sister, “Tell me about God, because I'm starting to forget.” This story reminds us that planted inside of us is a memory and yearning for God.

We become that for which we are looking. God's life and love flow through us as soon as we are ready to allow it. Fr. Richard Rohr says, “If you are seeking the divine, you have already made contact with the divine in yourself. If you have not made contact with the divine in yourself, you will likely be bored with the notion of spiritual search.”

Often we let life and our ego get in the way of our memory and yearning for God. In order to remember we need to let go—of our ego, our false self. The ego is necessary to navigate through life. It is all those things that we learned from parents, education, society and experience. It is all those things that we think we need to say about ourselves and things we think we need to live. The problem is the false self always needs to be separate and superior. This becomes an obstacle to our greater growth in God.

In our reading from the Gospel of Mark, the disciples were arguing over issues of the false self—‘who among them was the greatest’ (separate and superior). Jesus responds by placing them in context. What is our relationship with God, others, and creation. We are a small but important part of the whole. The whole is held together by love. This implies relationship. Love demands that we make a gift of ourselves to others. We serve the one we love. We make ourselves smaller so that we can make room for them. If we want to know our true self and God we must embrace the life of self-giving love. This is what Jesus teaches us.

Jesus puts his arms around a child and says to receive a child as this receives me. In Jesus' culture the child epitomized vulnerability. Sixty percent of the children that survived birth did not live past the age of sixteen. In the hierarchy of his society, children ranked immediately above the slaves. This is not a sentimental image to which Jesus calls us; it is a call to be vulnerable and to reach out to the vulnerable. Unless we can be vulnerable we cannot love or be loved by another. And we cannot know God.

To be vulnerable is to be like a child who knows not status. It is to be completely dependent on the love we give and others give us. Jesus will show us complete love becoming totally vulnerable on the cross. Death cannot separate us from love. We no longer need to be separate and superior because we are one: one with God, one with each other, one with creation. Jesus, the God-man, has bridged all the gaps. It is up to us, like the little boy in the story, not to let this life make us forget.

Today we are also, grateful to Fr. Selvaraj for sharing with us the work of the Church in south India.

Peace,

Fr. Ron

Esta carta está en español en el sitio web: www.stannechurchbyron.com



20 de Septiembre, 2015

Vigésimo quinto domingo del tiempo ordinario

... "Quien recibe a un niño como éste en mi nombre, me recibe..." Marcos 9:37

Queridos Amigos;

Hay una historia popular. Un niño ha estado esperando con ansia el nacimiento de su hermanita. Cuando sus padres la traen a casa desde el hospital, él no podía esperar para estar cerca de ella y hablar con ella. Por ser tan pequeño sus padres no querían dejarlo con su hermana sin vigilancia. Pero él continuaba rogando a sus padres que lo dejen solo con ella. Así que un día sus padres le dieron permiso para estar a solas con ella por un corto tiempo. El niño camino tranquilamente a su habitación y se puso de pie al lado de su cuna. Luego le dijo a su hermanita, Cuéntame acerca de Dios, porque estoy empezando a olvidar." Esta historia nos recuerda que dentro de nosotros existe una memoria y un anhelo por Dios.

Nos convertimos en eso que estamos buscando. La vida y el amor de Dios fluyen a través de nosotros en cuanto estamos dispuestos a permitirlo. Dice el p. Richard Rohr, "Si usted está buscando la divinidad, ya ha hecho contacto con lo divino en usted mismo. Si usted no ha hecho contacto con la divinidad de si mismo, probablemente se aburrirá con la noción de búsqueda espiritual. "

A menudo dejamos que la vida y nuestro ego interfieran en nuestra memoria y anhelo por Dios. Para poder recordar eso, necesitamos de soltar todo— nuestro ego, nuestro falso yo. El ego es necesario para navegar por la vida. Es todo aquello que hemos aprendido de nuestros padres, la educación, la sociedad y la experiencia. Es todas esas cosas que pensamos que tenemos que decir acerca de nosotros mismos y cosas que pensamos que necesitamos para vivir. El problema es que el falso yo siempre tiene que ser separado y superior. Esto se convierte en un obstáculo para nuestro mayor crecimiento en Dios.

En nuestra lectura del Evangelio de Marcos, los discípulos discutían sobre cuestiones del falso yo— 'quien entre ellos era el mejor' (separado y superior). Jesús responde colocándolos en contexto. Cuál es nuestra relación con Dios, con otros y la creación. Somos una pequeña pero importante parte de un todo. El conjunto se mantiene unido por el amor. Esto implica relación. El amor exige que hagamos un regalo de nosotros a los demás. Servimos a la persona que amamos. Nos hacemos más pequeñas para que podamos hacer lugar para ellos. Si queremos conocer nuestro verdadero yo y a Dios, debemos abrazar la vida de entrega total de amor. Esto es lo que nos enseña Jesús.

Jesús pone sus brazos alrededor de un niño y dice que recibamos a un niño como este me recibe. En la cultura de Jesús un niño encarna la vulnerabilidad. El sesenta por ciento de los niños que sobrevivían su nacimiento no vivían más allá de la edad de dieciséis años. En la jerarquía de su sociedad, los niños ocupaban un lugar levemente por encima de un esclavo. Esta no es una imagen sentimental a la que Jesús nos llama; es un llamado a ser vulnerable y a tender la mano a los vulnerables. A menos que podamos ser vulnerables no podemos amar o ser amados por otro. Y no podemos conocer a Dios.

Ser vulnerable es ser como un niño que no sabe cuál es su lugar en el mundo. Es ser totalmente dependiente del amor que damos y que otros nos dan. Jesús nos enseñara amor completo al ser totalmente vulnerable en la cruz. La muerte no puede separarnos del amor. Ya no necesitamos ser separados y superiores porque somos uno: uno con Dios, uno con el otro, uno con la creación. Jesús, el Dios-hombre, ha tendido un puente sobre todos los huecos. Depende de nosotros, como el niño en la historia, no permitan que esta vida nos haga olvidar.

Hoy también estamos agradecidos por el p. Selvaraj por compartir con nosotros el trabajo de la Iglesia en el sur de la India.

Paz,

Fr. Ron